



MAGNUS MEFISTO

EXPLORACIÓN X

EL ORFANATO DEL DR. RINDÓN



m̄r

MAGNUS MEFISTO
EXPLORACIÓN X
EL ORFANATO DEL DR. RINDÓN

m̄r

PRÓLOGO

URBEX es un acrónimo conformado por las palabras Urban Exploration.

La URBEX está asociada a la investigación, de manera respetuosa y silenciosa, de sitios abandonados.

Su propósito es dejar registro de lugares que no son de fácil acceso para el público, poniendo especial énfasis en su estructura ruinoso, su historia y los pormenores que llevaron a que el sitio terminase siendo abandonado.

Al realizar estas prácticas, los exploradores urbanos se exponen a distintos riesgos. El riesgo de sufrir un accidente provocado por el mal estado del lugar; el riesgo de ser detenidos por las autoridades o ser agredidos por lo general por vagabundos que, sin que el explorador lo espere, se encuentran en el sitio que se presupone solitario.

La adrenalina de entrar en un lugar “prohibido” es una de las motivaciones que vuelven más atractivas a las URBEX y una de las razones que hacen que los videos que las registran tengan gran popularidad en la web.

Las URBEX tienen tres reglas básicas que los exploradores deben respetar:

1. No ser vistos cuando entran al lugar.
2. No romper ni robar nada.
3. Escapar si encuentran personas en su interior.

Esta es la historia de Dante y sus amigos, y lo que les pasó por haber roto las tres reglas.

CAPÍTULO UNO



De algún modo, todo empezó con dos grafiteros que solo querían matar el tiempo.

Gabriel, grafitero de la vieja escuela que firmaba como Paco Mc, y Adrián, el aprendiz, que desde ayer se hacía llamar Mr. Jackson, no eran de la zona. Habían llegado hasta el viejo orfanato porque un amigo les había pasado el dato mostrándoles algunas fotos. Gabriel y Adrián habían pintado trenes, colectivos y hasta la pared de una comisaría, así que ese enorme edificio abandonado les pareció un lugar perfecto para plasmar su arte con aerosoles. Aunque eso fue lo que menos hicieron.

El lugar era de verdad imponente y los maravilló de inmediato, aunque cuando saltaron las rejas oxidadas que todavía conservaban restos de la blanca pintura de los viejos tiempos, no se imaginaron todo lo que había pasado allí dentro.

En cuanto estuvieron en el terreno, tomaron el largo y empinado sendero que conducía al edificio que habían visto en las fotos. Con el pasto crecido y las raíces reventando todas las baldosas, el camino era casi imposible de transitar. El calor era insoportable, los mosquitos no dejaban de acecharlos en busca de sangre adolescente y la actividad física no era lo de ellos, por lo que tardaron varios minutos en recorrerlo. Al llegar, estaban transpirados y jadeando de agotamiento.

Lo primero que vieron fueron dos leones grises e imperturbables en sus altares griegos, que flanqueaban las escalinatas que llevaban hasta un portón de madera. El portón estaba cerrado con una enorme cadena metálica rematada por un candado sin duda inquebrantable. Por un momento, Adrián estuvo tentado de sacar su aerosol negro y dejar su firma en los impolutos lomos de piedra de los animales, pero Gabriel se lo impidió: primero había que sentarse y establecer campamento y, luego de recuperar el aliento, habría tiempo de pintar todo lo que quisieran. Su compañero estuvo de acuerdo. Los dos se acomodaron en las escalinatas y respiraron aliviados. Adrián sacó una cerveza casi hirviendo de su mochila, Gabriel preparó algo para fumar y, casi sin darse cuenta, pasaron la tarde rapeando y charlando sobre qué harían con el dinero cuando se convirtieran en traperos famosos.

Cuando unas horas después la cerveza estaba por terminarse, justo antes de salir a conseguir más, decidieron que era hora de taggear las paredes.

Tras sacudir la cabeza para aclarar sus pensamientos, Gabriel abrió su mochila y sacó un aerosol negro y otro amarillo. Con paso tambaleante, fue hasta el portón que partía al medio una larga galería sembrada de ventanas tapiadas con maderas y alambres. Hizo foco como pudo y apuntó a la mitad de la gigantesca doble puerta, calculando a ojo cuánto espacio necesitaba para imprimir allí su firma. Adrián estaba tan mareado como su amigo, pero logró buscar un aerosol rojo y también se puso de pie. Después de sacudir las tres latas, los dos comenzaron a estampar su arte sobre la antigua superficie de roble.

Fue ahí cuando lo escucharon.

Sonaba como un grito. Pero era un grito demasiado grave para provenir de una persona. Parecía más bien el gruñido de un perro, aunque mucho más intenso.

De inmediato se miraron para corroborar que estaban escuchando lo mismo, y se quedaron quietos y en silencio.

Detrás del sonido de los grillos y demás insectos que pululaban entre los yuyos, había algo más. Lo escucharon de nuevo. Venía de un lugar relativamente cercano, les pareció que desde adentro del orfanato. ¿No estaba abandonado, acaso?

Luego de intercambiar algunos gestos, se empezaron a acercar a una de las ventanas.

Junto con el gruñido, había una voz.

Gabriel se detuvo. Una alarma se había encendido en su cabeza y quiso decirle a Adrián que lo mejor era irse, que todo esto le estaba provocando un mal viaje, pero su amigo ya había subido las escalinatas y había sacado su celular del bolsillo. Dispuesto a develar el misterio, Adrián metió el celular en la abertura que se formaba entre las maderas que pretendían bloquear el acceso al lugar.

Cada vez más paranoico, Gabriel entendió que no le quedaba otra que acercarse y sacar a Adrián a rastras, así que corrió agachado los pocos metros que los separaban.

—Vamos... —susurró.

—Esperá —le dijo el otro, que hacía esfuerzos por mantener el pulso. Como solo veía sombras, hizo *zoom*.

Cuando Gabriel iba a insistir para que se fueran, la voz se hizo más fuerte.

“¡Te dije que no salieras! ¡Te vas para el fondo! ¡Te vas ya!... Noooo... Nooo... A mí no me mirás así. A mí no, ¿eh?”, gritaba.

Los amigos se miraron extrañados. ¿Quién hablaba? ¿Y con quién? Antes de poder deducir nada, volvieron a oír el gruñido.

El sol pegaba de lleno en la maltratada pantalla del celular y les costaba dilucidar las formas que reproducía, pero aun entre sombras pudieron ver una enorme figura con un tapado de piel que ocupaba la mayor parte del plano.

La figura de pronto empezó a aullar con más frenesí y a golpear todo lo que había a su alrededor, mientras la voz seguía intentando calmarla, hasta que Gabriel ya no pudo contener el miedo y lanzó un sofocado grito de pavor.

La cosa enorme lo escuchó y miró hacia la ventana, por lo que la lente pudo tomar su rostro: un rostro simiesco y enrojecido de ira. Aterrorizado por la visión, Adrián sacó el celular del hueco como pudo, clavándose varias astillas en la maniobra, y después corrió con Gabriel escaleras abajo.

Aunque la grabación fue exitosa, a diferencia de Adrián, Gabriel no quiso volver a verla nunca más. La imagen del monstruo ya había quedado impresa en su mente para siempre. Noche tras noche, en sus pesadillas, volvió a ese lugar y a ver esa mirada de odio. Esa misma mirada que días después llevaría a varios jóvenes a una violenta muerte mientras buscaban grabar un video viral.